

Derivaría, cuando menos, a una involución política

No parece aconsejable un Gobierno de gestión

El período de reflexión del Gobierno ha sido más bien de descomposición

Mientras que se van desgranando los distintos capítulos de la larga y penosa crisis de UCD, otros maquinan en la sombra contra los fundamentos mismos del sistema democrático, y cuentan con el pretexto que les suministran estos dirigentes del partido gubernamental que se marchan o que se quedan, pero que se agitan y que se atormentan

unos a otros dando vueltas constantemente a la misma noria. Que el presidente de UCD sea Landelino Lavilla o Calvo Sotelo o cualquiera otra de las personalidades que ahí se mueven no es un hecho definitorio en sí mismo. Lo importante es que asistimos a una cierta desintegración del Centro y a un envite de la bipolarización.

El Gobierno no quiso ver la necesidad de disolver las Cortes y convocar las elecciones generales anticipadas a raíz de la grave derrota en las elecciones andaluzas del 23 de mayo. Esa hubiera sido la salida lógica, y no la de entrar en un período de reflexión, que ha sido más de descomposición y que nos ha sumido en una situación llena de incertidumbres y de peligros.

Los maquinadores de «soluciones» antidemocráticas han contado con la inconsciencia de un Gobierno que se replegaba y de una Administración semiparalizada. Una crisis tan larga y profunda esteriliza todo lo que toca y extiende una sensación de «no gobierno» que es inmediatamente capitalizada por los enemigos de la democracia, siempre al acecho de la mínima oportunidad de golpearla.

Esa es la otra cara de la crisis de UCD, esa es la cara más peligrosa. Porque en cualquier país de democracia consolidada, las crisis de los gobiernos o de los partidos son asumidas con absoluta naturalidad y forman parte de la normalidad del sistema. En España, sin embargo, juegan todavía otros factores y otros intereses que se sitúan claramente al margen o en contra de la institucionalidad democrática que aquí se instauró hace cinco años.

GOBIERNO DE GESTIÓN, GOBIERNO DE INVOLUCIÓN

Son los intereses políticos o económicos de una clase que fue privilegiada en otros tiempos y que no se resigna a dejar de serlo. Por eso, están dispuestos a enviarnos salvadores a las primeras de cambio. Una vez pudo ser en forma grosera, humillante y decimonónica. Otra vez puede ser con guante blanco, con modales educadísimos e incluso con apariencias de legalidad y de respeto a la Constitución.

Cuando se tienen medios y capacidad de influencia, no es difícil provocar situaciones de tensión y de incertidumbre que puedan ser aprovechadas como «justificaciones» para que alguien imponga una de esas salidas «salvadoras» que se sugieren y a veces no tan en secreto. Y mucho más si durante meses hay un Gobierno que colabora sin darse cuenta con los estrategas de la tensión y con los pescadores en

el río revuelto, que se decía antes.

Una de esas salidas que se sugieren de vez en cuando, y ahora mismo también, es la de un Gobierno de gestión, técnicamente concebido para preparar unas elecciones generales. La explicación sería la necesidad de un Gobierno al margen de los partidos, que recomponga durante unos meses la situación política y que convoque y vigile las elecciones.

El presidente de tal Gobierno sería investido por el voto del miedo de un sector de los parlamentarios, y no tardaríamos mucho tiempo en comprobar que las elecciones serían retrasadas con cualquier pretexto o a tenor de cualquier dictamen jurídico pretendidamente interpretador de la Constitución. En ese tiempo se montarían las operaciones que fueran necesarias y, en todo caso, se cortarían en seco las expectativas de victoria de cualquier partido que no encajara en los planes de los diseñadores de esa marcha atrás, y estaríamos, en el mejor de los casos, en plena involución política.

LA EXPERIENCIA HISTÓRICA

Por eso he insistido tantas veces en la necesidad de que cristalice en nuestro país una derecha democrática absolutamente inmersa en un compromiso de lealtad irreversible al régimen de libertades de la Constitución de 1978. La tragedia sería que tal derecha no existiese o que se convirtiera en el mejor aliado de los involucionistas. Entonces podríamos irnos despidiendo de la democracia por muchos años.

Y un peligro puede venir a raíz de la eventual desaparición del Centro como espacio político moderador o acolchador de las tensiones de una dialéctica izquierda-derecha. Esa dialéctica es teóricamente saludable y deseable, si se me apura. Pero será en un país de democracia consolidada, con muchos años de experiencia de funcionamiento de sistema de libertades y de choque de ideologías e intereses.

En España no contamos con ninguna experiencia histórica, ni próxima ni remota, de una confrontación derecha-izquierda que se haya producido de forma pacífica, tranquilizadora y civilizada. En cambio, tenemos una experiencia muy cercana, en la que todavía estamos, de convivencia

esencialmente respetuosa entre la derecha, la izquierda y el centro, además de los nacionalismos. No veo por qué hayamos de correr el riesgo de romper ese esquema y entrar en una dinámica de alcance desconocido, en la que no quieren meter unas partes interesadas en el negocio.

Pero estoy dispuesto a dejarme convencer por los argumentos contrarios, siempre que los experimentos sean con gaseosa y no con el champán de nuestra paz y de nuestra convivencia. Las fobias, los superpartidismos y los odios cartagineses consiguen desenfocar a veces los problemas más meridionalmente claros. Hay que escaparse de los intereses con objetividad y con independencia de criterio. Y los que no sean capaces, que se retiren a su casa, en lugar de estarnos engañando a todos los españoles.

La tentación está ahí: concitar los miedos, la irracionalidad y la crispación, y luego venir proponiendo remedios. Es el viejo truco, que sería divertido si no se llevara por delante esta nueva posibilidad histórica de convivir, todavía existen desalmados capaces de incitar al odio y al enfrentamiento entre españoles si así lo creen necesario para su miedo político personal o de clan. Pienso yo, que habrá que pararle los pies en seco, aunque sólo sea por patriotismo.

Entre nuestros compatriotas, son poquísimos los que participan o se enrolan en una dialéctica de violencia y de rechazo de los cauces legales y pacíficos. Por un extremo, los terroristas, fundamentalmente de la organización ETA. Por otro, las bandas armadas de extrema derecha y, potencialmente, los elementos golpistas. Entre todos no suman más de unos centenares de personas.

Por eso resulta de un cinismo atroz y de un cinismo exacerbado y criminal cualquier intento de extensión o de incitación a la violencia, cualquier operación política que lleve aparejada la ruptura de la estrechísima banda de la irracionalidad.

CADA COSA A SU TIEMPO

Los problemas del centro y de UCD no terminan con el «Landelino, sí, Landelino, no». El problema capital consiste en la real voluntad de seguir abanderando una opción política centrista o no.

diario de un espectador



Regeneracionismo

Es curiosa la escasa imaginación renovadora de términos y de conceptos que tienen nuestros demócratas de nuevo cuño. Todo lo que manejan viene facturado desde las Cortes de Cádiz, y solamente se registra, de vez en cuando, alguna pedantería metafórica que procede de la técnica. Ahora el término en boga es el de regeneracionismo. La Ucedé aspira a regenerarse, que es siempre un término peligroso porque denuncia una degeneración previa. El regeneracionismo tuvo su máximo esplendor entre los años 40 y 90 del siglo XIX. Pero en aquel tiempo, lo puramente democrático era una aspiración difícil, puesto que la primera democracia de sufragio universal fue la de 1869. Lo que se regeneraba eran los grupos de política que anquilosaban una situación y aparecían otros que les invitaban a la renovación y al dinamismo. Ahora se trata de regenerar Ucedé. En principio hay que razonar que el factor principal de su degeneración ha sido el demostrar una mayor disposición a las ambiciones y querellas personales en sí misma, y a las obligaciones o compromisos con sus adversarios, que a otras cosas. Estos cinco años últimos de vida española hemos tenido, principalmente, política frente a lo que necesitábamos, que era una actividad nacional creadora y por dos cosas principales: por una crisis a nivel internacional y por una acuciante exigencia de la nueva sociedad española que venía a demandar a la democracia soluciones, puesto que se daba por sabido que las libertades y el pluralismo político eran la democracia misma. El cuadro actual es el siguiente: el partido en el poder se ha ido para abajo, en sus dos situaciones de partido y de Gobierno; tiene menos crédito la Ucedé como aparato gobernante de la nación y como partido político. Sorprendentemente el partido socialista ha ido arriba teniendo serios compromisos —compromisos de poder— en la mayor parte de las cosas de estos años. El partido socialista no ha sido un partido de oposición tal como se ven en

las democracias habituales, sino un grupo de presión política y parlamentaria, para obtener del poder esto o aquello, y para compartir responsabilidades. Estuvieron inicialmente juntos en los pactos de la Moncloa, y finalmente han estado juntos en la ley de armonización del proceso autonómico. Han estado juntos en política exterior, en política económica y hasta en política social. No puede decirse, en virtud de la proporción de poder de cada cual, que tienen las mismas responsabilidades, pero en un juicio de estos años, la Ucedé tiene culpas como de 60 y el partido socialista como de 40. Lo que sucede es que por incapacidad, o torpeza, o escasa habilidad de los gobernantes de Ucedé, se han llevado las culpas solitos. Hasta lo decía sorprendentemente Leopoldo Calvo Sotelo en el acto de la Fundación para el Progreso y la Democracia que no habían sabido utilizar los medios informativos para poner de manifiesto los aciertos de gobierno que ignorábamos. Y esto se atrevió a decirlo honradamente, cuando el Gobierno controla el 80 por ciento de los medios de información.

¿Qué regeneracionismo cabe entonces hacer en Ucedé para que se nos aparezca a los ciudadanos con salud, moral y provocador de esperanzas? Después de los últimos sucesos declaro mi escepticismo. Los socialistas han hecho dos cosas admirables: una, la de vigorizarse, haciendo olvidar a los españoles sus propias culpas, y otra, la de producir el fraccionamiento de sus adversarios hasta límites que permiten el triunfo electoral socialista en las elecciones generales próximas. No hay diferencias políticas o ideológicas sustanciales entre lo que no es socialista o fronterizo con el socialismo. No son más que problemas personales. El único regeneracionismo no sería otro que el de trabajar juntos en la misma nave, los que quieren ir a un mismo sitio, echando por la borda a piratas y amotinados y —naturalmente— no dirigiéndose al triángulo de las Bermudas.

RECTIFICAMOS

PUBLI ANTON[®]

ELCHE

Cerraremos por vacaciones en el mes de agosto

continúa la fuerte sequía

ahorre agua



mancomunidad de los canales del taibilla

